

OPINIÓN

Excesivo electoralismo

Los que debaten sobre Grecia en España deben abstenerse de simplismos

La simpleza de los debates que están produciéndose en España sobre la crisis de Grecia solo se explica por la proximidad de las elecciones generales. En lugar de pensar obsesivamente en las urnas, habría que demostrar sentido de Estado respecto a las consecuencias del grave problema que representa la relación entre Atenas y el conjunto de los Gobiernos de la UE.

El PP busca con especial ahínco la traslación automática a los españoles de la situación griega como modo de visualizar lo que pasaría en este país si el partido gobernante dejara de serlo. Y el ejemplo más reciente es la voluntad de que el Congreso de los Diputados se pronuncie sobre el rescate griego, sin obligación legal de hacerlo; y sin que el Parlamento fuera convocado en 2012 para votar las condiciones a la recapitalización europea de los bancos españoles, con el mismo presidente del Gobierno e idéntica mayoría.

Es evidente el oportunismo en este cambio de criterio sobre las funciones del Parlamento. Ninguneado por el PP durante sus años de ejercicio de la mayoría absoluta, ahora esta misma fuerza le moviliza en las semanas previas a la cita con las urnas para culminar un programa legislativo controvertido y retrasado. Y a última hora se le intenta meter en el arsenal de campaña. Lamentables, también, no solo la insinuación de que Podemos es “el partido de Tsipras”, sino la voluntad de meter en el mismo saco a Pedro Sánchez, el aspirante socialista a la presidencia del Gobierno.

Tampoco resulta tranquilizadora la reacción del PP a los preparativos de Ar-

tur Mas y sus correligionarios del credo independentista. Suficientemente delicado es el asunto como para que la reacción del partido gobernante consista en proponer, *in extremis*, un pacto electoral en Cataluña a las fuerzas políticas antinacionalistas o que no comparten la pulsión independentista. ¿Para qué lo hace así? ¿Quizá para acusar a los demás de haberle dejado solo si no ceden a su pretensión? ¿Como recuerdo del nefasto *cordón sanitario* sufrido hace años? No están los tiempos para improvisaciones, tras haber dejado oxidarse los mecanismos de relación y entendimiento con el PSOE, es decir, con el principal partido de la oposición en España; y sin aclarar el programa de la hipotética alianza.

El electoralismo también ha hecho presa en otros terrenos. Plantear un techo de gasto público para 2016 inferior al del ejercicio en curso no es óbice para haber rebajado las tarifas del IRPF ni para sugerir “negociaciones” con vistas a la mejora de las retribuciones de los funcionarios, ciertamente castigados durante la crisis. Hay que explicar cómo se casa la mayor promesa de gasto público con la probabilidad de menores ingresos, más allá del pronóstico de que el crecimiento proporcionará más fondos y sin detalles que demuestren lo bien que, según el Gobierno, va la recaudación.

Por supuesto, no es la primera vez que se despliega el electoralismo en este país, ni será la última. Pero llevarlo a cabo directamente con los Presupuestos del Estado representa el riesgo adicional de dañar la confianza en la seriedad de las finanzas públicas.

Atención a los mayores

El incendio ocurrido el pasado fin de semana en la residencia privada Santa Fe de Zaragoza en el que fallecieron ocho de los 19 ancianos alojados es el mayor desastre ocurrido en España durante los últimos 15 años en un geriátrico, y vuelve a situar la tragedia en un segmento demográfico cada más vulnerable. A medida que se agudizaba la crisis económica, las personas mayores con menos recursos han visto empeorar sus condiciones de vida por el descenso en las ayudas sociales y los fondos destinados a cumplir la ley de dependencia.

Las sombras que rodean tanto al origen del siniestro de Zaragoza —se investiga si el fuego pudo ser provocado por una residencia o fruto de una negligencia— como al funcionamiento del propio centro exigen una aclaración por parte de las autoridades políticas y judiciales. Es urgente determinar si la instalación cumplía la normativa sobre apertura o si operaba (nada menos que desde 1997) sin

tener en regla la licencia de actividad. Hace falta también aclarar si la residencia respetaba las condiciones higiénico-sanitarias y de seguridad, si constaban deficiencias de mantenimiento y si el personal contratado era el adecuado para atender a los ancianos, muchos de ellos nonagenarios.

El proceso de envejecimiento de la población es un desafío para toda la sociedad. Pero es a las instituciones públicas —especialmente a las Administraciones locales y autonómicas— a las que corresponde extremar la vigilancia de esta clase de establecimientos, para que no se conviertan en almacenes, en guetos para mayores sin ningún tipo de control o una supervisión mínima sobre las condiciones de vida. Mayor rigor a la hora de otorgar las licencias de las residencias, reducción de los periodos de provisionalidad y solidez en las inspecciones pueden evitar que desgracias como la de Santa Fe vuelvan a repetirse.

FORGES



EL ACENTO

El fútbol y la política según Laporta

Jesús Mota

En aquel tiempo, llegó Joan Laporta, candidato a la presidencia del Barcelona y *desacomplejadamente* catalanista según definición propia, a una tertulia deportiva y dijo a sus discípulos (y a quien quiso escucharle) que: 1.- “Creo que hay que hacer política con el deporte, por supuesto (...) Desde un club de fútbol hay que hacer país”; 2.- En caso de recuperar la presidencia del Barça, tendrá como objetivo “promover la catalanidad” del club “sin herir sensibilidades”; 3.- “Si hubiera estado en la grada [durante la final de Copa] yo hubiera pitado el himno”. Se refiere, claro, al de España. Sobre el himno y los silbidos, poco hay que decir: libre es el señor Laporta de pitar y abuchear a quien quiera, porque eso forma parte del espectáculo del fútbol. Y quien hoy silba mañana será silbado; esa es la ley. El comportamiento cortés no forma parte del universo futbolístico, así en el Bernabéu como en el Nou Camp; y si hubo un tiempo para lamentarse, ya ha pasado.

Pero sí es motivo de reflexión —“preocupada reflexión” diría un esencialista— lo que el señor Laporta entiende por “política”. Para Maquiavelo era el arte de conseguir y conservar el poder; para Schmitt, la resolución de la dialéctica amigo-enemigo; y para Kelsen, como para una buena parte del pensamiento democrático

contemporáneo, una distribución equitativa del poder orientada a la gestión social. Tal como lo plantea el señor Laporta, ávido quizá por conectar con el electorado barcelonista, “hacer política” no es nada de eso, ni lo contrario, ni nada que implique racionalidad; parece consistir en alinearse detrás de una bandera, en este caso la del catalanismo, lanzar los gritos de rigor y estar al quite para sentirse herido por cualquier brote de anticatalanismo, real o virtual. La matización “sin herir sensibilidades” remite a la retórica pueril de los modismos “sin prisa pero sin pausa”, “venga de donde venga” o el abyecto “hay que aunar voluntades”.

Sin embargo, no hay objeción conceptual a que un club de fútbol haga política, sea independentista, nacionalista, jingoísta o de cualquier otra naturaleza. Ahora bien, la condición es que el señor Laporta —y otros que actúan como él— entienda que “hacer política”, si se acepta dar el paso, consiste también —de hecho, en primer lugar— en representar a los catalanes ante las instituciones, tomar posiciones sobre sus derechos a una vivienda, a un empleo o a un pupitre para sus hijos, ayudar en la gestión de la ciudad, hacer valer el poder del club para que sus jugadores (y no el club, es decir, los socios) paguen íntegros los impuestos, dar ejemplo despidiendo a imputados por fraudes, escuchas o espionajes y repudiar públicamente a los cargos de la Generalitat incurso en procesos por corrupción.

Si eso es lo que entiende el señor Laporta por “hacer país”, de acuerdo. En ese caso, debería explicarlo. Pero lo que ha dado a entender es que “hacer país” consiste en pregonar dentro y fuera de España las verdades del barquero “soberanista” y cumplir con las cuotas de propaganda. Es la versión más rancia de la política: pegar carteles y corear consignas. No parece, señor Laporta, la implicación más elegante para una institución como el Barça.